

pregunta qué bicho le ha picado al poeta. Es la diferencia entre un acierto verbal de san Juan de la Cruz y la homilía de un párroco de provincia. Sí, los mansos verán a Dios (o algo así dice el Hijo del Ebanista) pero no se les asegura el control de las palabras. Una poética puede ser “ingenua” a voluntad, pero a mí se me hace de una ingenuidad mayúscula un poema como *Epifanía*: “En su caída / la flor llena de olor / el espacio” (pág. 61). Si esto es una epifanía, entonces Ungaretti debería ser un santo más poderoso, sanguíneamente hablando, que san Genaro. *Manzana podrida* (pág. 50) nos permite comprender los aciertos y los límites. He aquí los diez primeros versos:

*La manzana se pudre
en un plato
vertiginosamente inmóvil
La piel un tanto azulada
va traduciendo el enigma
Bajo el moroso relámpago del
[verano
el tiempo no fluye, se amontona
como en un mal sueño
Ningún pájaro se atreve a
[posarse
en su hemisferio terrestre*



El poeta debió concluir el poema en este décimo verso. Habría quedado redondo como una manzana japonesa. Vienen después cuatro versos que se llevan el encanto (la epifanía, mejor dicho) a un terreno pedestre, de noticiero de televisión, de aburrimientos: “No sabemos de las conspiraciones / meteorológicas que se traman / en las altas esferas consteladas / de una manzana”.

Lo bueno es que Cadavid sabe que una conciencia poética no con-

siste en discernir entre una explicación de Newton y un espesor de Valéry. El milagro verbal no está en la caída ni en el desafío de la gravedad: está en el precario equilibrio. ¿La resurrección de Lázaro constituye un poema? No lo creo. Pero el silencio posterior y terco de Lázaro sólo puede ser genuina poesía. Y si no preguntémosle a la página en blanco de Mallarmé, que lo dice todo sin gota de tinta.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. “Los derviches giróvagos”, DesHora [Medellín], número 8, octubre de 2001, pág. 37.
2. Entre muchos trabajos de José Ángel Valente, véase al respecto “Sobre el lenguaje de los místicos: convergencia y transmisión”, Variaciones sobre el pájaro y la red, precedido de La piedra y el centro, Barcelona, Tusquets, 2000, págs. 166-185.
3. “La barca / está en reposo” (pág. 31); “Los versos pasan silenciosos / como las sombras” (pág. 32); “sentir que pasan menos cosas” (pág. 33); “El fugaz paso / del sol entre las nubes” (pág. 44); “Mientras borro lo que escribo / pasa un astro lento [...] mientras la luz reposa” (pág. 47); “El camello no apura el paso / su único secreto / es descubrir sendas” (pág. 66); “lo mismo que en el agua / las nubes pasan” (pág. 67).
4. Por verbal, claro que sí. Son las repeticiones otra vez (contemplar y contemplar) de la acción en reposo: “Paciente busco en la imagen / mi blanca vida” (pág. 19); “Un paisaje escueto / una cabra, un espinoso / son la verdadera contemplación” (pág. 20); “En un mapa antiguo / he visto dibujada una ballena” (pág. 22); “mira con enormes ojos / las hojas” (pág. 23); “Si miras bien / un lápiz no es un arado” (pág. 25); “Entre arcos / mi visión es débil” (pág. 35); “La mirada inmóvil del buitro” (pág. 38); “Lagartijas delinean rocas / proponen un tiempo exacto / para contemplarlas” (pág. 44); “detuvo la retina / vio en la ausencia / la gracia” (pág. 51); “El ojo llena de luz el presente / el silencio mismo de la contemplación // La vista llega antes que la palabra” (pág. 62).
5. Sobre la poética de Jorge Cadavid me he ocupado en dos ocasiones, así que remito al lector a tales reseñas: “Atención y recompensa”, sobre *Diario del entomólogo*, en Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, vol. XXXVII, núm. 55,

2000 (editado en 2002), págs. 114-116; “Ningún desorden resulta claro”, sobre *La nada / Un leve mandamiento*, en BCB, vol. XXXIX, núm. 60, 2002 (editado en 2003), págs. 146-149. A partir de estas coordenadas, me lanzo al índice de *Herbarium: Crisantemos* (pág. 17) viene de *Un leve mandamiento* (pág. 57); *Poética* (pág. 22) está en *El derviche* (pág. 61); *Voyeur* (pág. 25) lo hallamos en la pág. 55 de *El derviche*; *Solar* (pág. 43) tiene un hermano, no gemelo, en *El derviche* (pág. 24); *Hojas* (pág. 65) “era” otro poema en *La nada* (págs. 71-72); *A la sombra del cerezo* (pág. 73) está en la pág. 37 de *El derviche*; *Naturaleza muerta* (pág. 75) en *El derviche* (pág. 63); *Retiniana* (pág. 76) comparte el título, no el poema, con uno de *El derviche* (pág. 51); *Nocturno* (pág. 80) está en *La nada* (pág. 14) y es otro poema con el mismo título en *Diario del entomólogo* (pág. 65); *Vislumbres* (pág. 81) lo vislumbramos en *La nada* (pág. 21); *Breve historia* (pág. 83) está en *Diario del entomólogo* (pág. 59); *Infinito* (pág. 85) remite a la pág. 64 de *El derviche*; *La huella* (pág. 86) puede ser rastreada a la pág. 45 de *El derviche*. En el índice de *El derviche y otros poemas*, lo mismo: *Giorgio Morando* (pág. 27) nos lleva a *Diario del entomólogo* (pág. 83); *Proposiciones* (pág. 29) está en la pág. 21 del *Diario del entomólogo* y en la pág. 63 de *La nada*; *Mimesis* (pág. 59) estaba en *Un leve mandamiento* (pág. 40); *Movimiento* se mueve entre *La nada* (pág. 12) y *Un leve mandamiento* (pág. 26).

Versos botánicos

Herbarium

Jorge Cadavid

Edición de autor, Bogotá, 2007,
93 págs.

Herbarium es el poemario que en edición de autor, Jorge Cadavid, nos presenta en homenaje a José Celestino Mutis. Y como tal sus poemas están emparentados con el misterio de las plantas, —que hiciera expedicionar al sabio por el nuevo Reino de Granada, que todavía hoy nos asombra, y como en el caso del poeta Cadavid, nos hace renovados exploradores—. Así, el libro constituye un redescubrimiento; si al sabio le interesaban en lo botánico y

morfológico, a Cadavid le interesan poética y estéticamente. En lo poético porque encuentra en las plantas, y en sus flores, la savia de la expresión cognitiva existencialista, y en lo estético porque hace de estas descripciones piezas plásticas refinadas, morfologías que igual alcanzan depuración y belleza. Con todo, es dable anotar que *Herbarium* no es un calco de las apreciaciones de José Celestino Mutis, sino el encuentro de dos reinos: el de la realidad tangible y mimética de las observaciones científicas, y el de la ingravidez y sustancialidad propias de los textos de Cadavid. Si bien, como Cadavid lo explica en su epílogo “las fuentes que articulan este poemario son, exclusivamente, textos científicos (*Los diarios de la expedición botánica, Flora del Nuevo Reino de Granada*—de José Celestino Mutis—, *La vida secreta de las plantas*—de Peter Tompkins y Christopher Bird— e *Historia natural*—de Plinio, el Viejo—”, estos de Jorge Cadavid refieren situaciones de percepción emotiva y conclusiones de orden cognitivo totalmente opuestas. En *Herbarium* no hay una sola hoja disecada, ni una sola flor prensada en un libro. Su eterna primavera (entiéndase otoño, invierno, verano) huele, tiembla, roza, suena, y sabe a experiencia presente, sus descripciones son de tal vivificación que en su paradisiaco vivero pensar, hablar y comunicar no es una condición estricta de lo humano:

COLOQUIO

DE LAS PLANTAS

El veinte por ciento de los
[fresnos
declararon que el rayo
los penetraba hasta el corazón
El cinco por ciento de los
[álamos consultados
afirmaron que el relámpago
[bajaba hasta
las raíces iluminándolos
El quince por ciento de los ficus
[sostuvieron
que solo en la corteza
la fulguración dejaba su
[dolorosa huella
El sesenta por ciento de los
[árboles restantes

flagelados por el rayo dijeron
[estar perplejos
Algunos dicen que quieren
[escribir inspirados
por el fuego mientras arden.

Llama la atención, sin embargo, cómo frente al descrédito que tienen hoy los referentes paisajísticos, Jorge Cadavid, aunque sea a través de una lupa, los aborde con acierto indiscutible, pues no son las suyas descripciones elogiosas del “milagro de la naturaleza”, ni constituyen carencia de temas afines al presente—más plástico y conceptual que naturalista— sino, por el contrario, es su percepción creativa la que desde el presente va hacia el pasado que corresponde a las representaciones naturalistas. Me explico: Cadavid no nos trae la resabida existencia y belleza de las plantas y de las flores reconocidas, para que las admiremos como tales, lo hace más bien para mostrarnos lo que de ellas no era conocido. De la naturaleza perceptible y tangible ya se habían construido hasta agotarse las metáforas e imágenes que las refieren; pero poco o nada se había hecho al respecto de lo que de ellas resulta inmaterial e imperceptible.

Jorge Cadavid es, sin duda, un poeta inclinado a entender que la inspiración y las musas han resucitado, pero ya no en impulsos de enajenada catarsis ni tampoco bajo la limitada expresión del deseo encarnado en la belleza de una diva, sino en la experiencia intelectual de encontrar en las emociones cognitivas afinidades con las emociones psicofísicas.

La consigna de este libro pareciera ser que “lo visible no existe”. De hecho, en su espléndido solar las sombras son corpóreas e incluso se filtra en ellas la luz, que tenue o resplandeciente, le da un color y un ambiente a sus poemas de íntimas melancolías. De igual forma, el espacioso ámbito de sus imaginaciones, reside holgadamente en un diminuto lugar donde sólo la imaginación es capaz de acomodar un cosmos: cuanto acontece en estas

páginas, pasa de manera inadvertida en el interior de un “cáliz pequeño, globoso”, en “un minúsculo fragmento del espíritu”; y el tiempo en el cual transcurren “es solo un breve paréntesis en la eternidad”.

Es dable, por último, resaltar la equilibrada plasticidad de estos poemas, que, en una consecuencia ya sabida por quienes se dedican al estudio de la poesía, garantizan la concreción de una acertada musicalidad. Musicalidad que no proviene de las ya inusitadas rimas (monorrítmica), ni tampoco es aquella que remite a una riqueza instrumental (polirrítmica) sino, lo que a mi juicio es mejor, procede de las expresiones artísticas posmodernas, donde música y forma dejan de ser protagonistas condicionados y en su lugar constituyen resonancias de la idea, o concepto, del poema:

Retiniana
El lirio se sirve
del agua como espejo

El espejo
endereza la imagen.

GUILLERMO LINERO
MONTES
guillermolinero@hotmail.com

Los círculos del aparato circulatorio

Luz en lo alto

Juan Felipe Robledo
Universidad Externado de Colombia,
Colección Un libro por centavos,
número 23, Bogotá, 2006, 68 págs.

Este libro reúne poemas—se trata de una selección, según el dato de la primera página— de los cuatro volúmenes del autor: *De mañana* (1999), *La música de las horas* (2001), *Nos debemos al alba* (2002) y *Calma después de la tormenta y otros poemas* (2002). También incluye varios poemas inéditos—según